

El sufrimiento social como un problema de salud pública

The Social Suffering as a Public Health Problem

Herrera Bautista MR,* Rodríguez Rodríguez G.**

**Doctora en Antropología. Dirección de Antropología Física- Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.*

*** Escuela Nacional de Antropología e Historia. México.*

Correspondencia: Martha Rebeca Herrera Bautista **Correo electrónico:** bahemare@hotmail.com

Recibido: 17-08-2013 **Aceptado:** 21-10-2014

RESUMEN

En la era de la globalización múltiples rostros de la violencia se entretajan de manera cotidiana e impactan en lo personal, familiar y comunitario, gestan un malestar difuso a nivel individual que se traduce en miedo, ansiedad, angustia, depresión, entre otros problemas psicoafectivos, los cuales no son reconocidos como parte de un sufrimiento social, por observarse solo en el ámbito individual. Dichas manifestaciones configuran un reto para la salud pública, ya que develan una problemática de gran envergadura, debido a que nutren este malestar que a su vez gesta otras expresiones de violencia; situación que convoca a diversos especialistas de las ciencias sociales y biomédicas a visibilizar y reflexionar sobre este fenómeno social contemporáneo, con la finalidad de procesar lo vivido y padecido, de entender la sociedad que conformamos, identificando las raíces de su malestar, sufrir y actuar, y con ello señalar pautas de posibles soluciones.

Palabras clave: Sufrimiento, malestar social, violencia.

ABSTRACT

In the age of globalization many faces of violence are woven on a daily basis and impact on the personal, family and community. These faces gestate a diffuse upsetting in the individual level which translates into fear, anxiety, distress, depression, among other psychoaffective problems. These problems are not recognized as part of social suffering, since they are observed only at the individual level. These statements constitute a challenge to public health because they unveil a major problem by nourishing these discomforts, which in turn promotes other expressions of violence. This situation convokes many social and biomedical science specialists to view and reflect on this contemporary social phenomenon, in order to process the lived and suffered experiences, as well as to understand the society we conform, to identify the root of the discomfort, to suffer and to act, and therefore to provide a guide to possible solutions.

Key words: Suffering, unrest, violence.

Introducción

Indagar sobre los sufrimientos (psíquicos) sociales experimentados por la población mexicana contemporánea, es remitirnos a una serie de malestares resultado del ordenamiento social que se expresan de manera psico-patológica, sobre todo en este tiempo caracterizado como la modernización tardía¹ donde se institucionaliza la incertidumbre, la sociedad de riesgo³, la sociedad de la decepción, ante el nuevo orden social conocido como globalización², el cual implica un proceso complejo de reorganización mundial de la economía, donde se expanden las empresas capitalistas intensificando el poder económico dominado por las grandes transnacionales y los mercados financieros, con el objetivo de obtener el mayor beneficio económico al menor costo. Estos virajes de la economía suponen transformaciones en todas esferas de la vida social, en los preceptos de los estados nacionales, donde el Estado era el encargado de garantizar la salud, la educación, el empleo y la seguridad a toda la población, en tanto eran reconocidos como derechos sociales indispensables para lograr el bienestar social.

Con las políticas de corte neoliberal impuestas a los países en vías de desarrollo por los organismos internacionales como son el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Grupo de los Siete, el Foro Económico Mundial y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, entre otros, que exigieron abrir las economías a la libre circulación de mercancías y capitales, reordenar los sistemas productivos ante el binomio ciencia–tecnología se suple a los trabajadores y los expulsa del proceso productivo ante la automatización y robotización, por tanto aumenta el desempleo y la economía informal, se flexibiliza el trabajo y se hacen precarias las condiciones laborales, afloran los sentimientos de riesgo, vulnerabilidad e incertidumbre ante la falta de apoyo colectivo y/o familiar; se privatizan los servicios esenciales, se acentúa el endeudamiento de los países particularmente más pobres pero ricos de recursos naturales que los obligan a la sobreexplotación para hacer frente a la deuda externa. Esta reconfiguración económica, conlleva mayor desigualdad entre las naciones, es decir, se concentran grandes capitales en pocas manos y se somete a la penuria de la pobreza sino de la exclusión social a grandes sectores de la población a nivel mundial².

El culto exacerbado del individualismo

En el ámbito cultural el modelo hegemónico de valores se sustenta en el culto exacerbado al individualismo como mecanismo para alcanzar el éxito, situación que conduce a la competencia y a la falta de solidaridad, lo que conlleva vivir en soledad, priva el reconocimiento del individuo por lo que tiene y no por lo que se es, perdiendo su identidad como ciudadano y revistiéndose como un simple consumidor más dentro de este orden comercial⁴.

Asimismo, en la era de la información y tecnológica, se potencia la innovación constante y hace más eficaz el mercado. En el ámbito de las telecomunicaciones se concibe al mundo como un lugar sin barreras, donde el flujo de la información y del conocimiento alimentan el mito de una sociedad global y culturalmente armónica, representación que es cuestionada por la realidad cotidiana sobre todo de los países pobres, donde se experimenta la incertidumbre, la pobreza y la inseguridad y se acrecienta esta realidad³ con la brecha tecnológica.

En ese sentido, el clima social y la relación con el presente han cambiado en las últimas décadas, el lema que reina en la actualidad es el de la crispación, el miedo nos arrastra y domina ante la incertidumbre del porvenir, ante la lógica perversa y deshumanizante de la globalización que se ejerce independientemente de los individuos, ante la libre competencia, el desarrollo desenfrenado de las tecnologías de la información, la precarización del empleo y el aumento del desempleo, la falta de opciones para los jóvenes. Vivimos aterrorizados por la vida cotidiana, por nuestro cuerpo, por el entorno social que se observa violento, por la crisis ambiental, por la indiferencia del Estado ante la demanda de educación, trabajo o mejores condiciones de vida de las mayorías.

A todo ello se suma la ola de violencia a nivel global ante los espacios de reproducción de capital ilegal y sus nuevas “industrias” promovidas por un orden criminal, que se combina a nivel local, con el incremento de una delincuencia común, resultado de una política económica neoliberal con grandes costos sociales, ante la falta expectativas y oportunidades para extensos sectores de la población nacional, que viven excluidos de las mieles del gran capital.

Diversas formas de la violencia y el malestar social

Nos interesa resaltar la presencia y articulación de varias caras de la violencia en torno al malestar social, mismas que generan manifestaciones diversas de sufrimiento psíquico tales como son: *ansiedad, miedo, depresión, angustia, inseguridad, consumo de drogas, intenciones y materializaciones suicidas, desesperanza*, entre otras, que si bien supone -en algunas de ellas- experiencias subjetivas, cuya expresión puede llegar a configurar una sintomatología, se encuentran vinculadas a las condiciones sociales del momento⁵, es decir, provienen del ámbito de la sociabilidad en los diferentes espacios de relación (interpersonal, familiar, comunitaria, laboral y/o educativa, institucional, entre otras).

En la actualidad dicho malestar se agudiza, por un lado, ante los procesos de modernización, es decir, esta compleja trama de experiencias que son a la vez individuales y colectivas, analizadas desde una lógica donde la integración psicosocial de los individuos a un ordenamiento dado, no opera sino como malestar en tanto proceso subjetivo inherente al pacto social moderno, donde los individuos deben ofrecer “soluciones biográficas a contradicciones sistémicas”⁶ ante la falta de oportunidades laborales, educativas, de salud y de seguridad, que trae como correlato otras expresiones de violencia derivadas de este malestar ante la exclusión y desigualdad social.

En este sentido, la violencia que nos aqueja actualmente, no es más que un mecanismo estratégico que promueve la exclusión y la desigualdad social entre los grupos sociales, promoviendo la represión de las necesidades reales y por tanto

de los derechos humanos en su contenido histórico social, condenando a los más desposeídos a vivir en un estado de fragilidad frente a una sociedad cada vez más individualista que privilegia al poderoso y castiga al más pobre⁷, culpabilizado por su condición y atribuyéndole una serie de estigmas que inclusive vinculan la pobreza, con la delincuencia y con violencia, desconociendo en los hechos que la pobreza es un factor que vulnera a las personas en una sociedad injusta.

Por el otro, experimentamos a nivel internacional el fenómeno de la globalización de la violencia, derivada de un orden criminal altamente rentable que lucra con la vida y el dolor humano (drogas, secuestro, extorsión, trata de personas, tráfico de armas, tráfico de influencias, lavado de dinero, pornografía y prostitución infantil, piratería, entre otros), que por lo general, hace de las personas con menos recursos económicos, educativos y personales (herramientas psíquicas), mercancías desechables⁸.

Si consideramos que el malestar refiere también una representación colectiva que la sociedad forma acerca de sí misma, diremos entonces, que el malestar en nuestro país se expresa bajo la forma de sufrimiento e incertidumbre ante los miles de muertos en los últimos siete años de guerra contra el narcotráfico, con expresiones inusitadas de violencia inscritas en los cuerpos desnudos, apilados, humillados, lacerados y mutilados, escenas que por sí mismas ofenden la mirada del que observa, en tanto anulan la dignidad de las personas asesinadas; se suma también a esta tragedia, el horror ante el secuestro y la desaparición de cientos de personas; de familiares que viven la desolación e incertidumbre de no saber si está vivo o muerto y ante la ausencia de un cuerpo para llorar y enterrar, gestan un vacío existencial, arrastrándolos a un quantum de dolor, muchas veces imposible de enfrentar psíquicamente, asociado a la lucha por obtener la verdad, la justicia y/o la reparación del daño. Todo ello ante un Estado ausente y pasivo, ciego y sordo al clamor de los deudos; impunidad que acrecienta el riesgo de la población a ser víctimas de desapariciones forzadas y secuestros. Qué decir de las personas o familias que se enfrentan al drama de ser desplazadas y despojadas de sus casas, tierras, trabajos, que se ven obligadas a partir de su espacio vital y dejar todo ante la falta de garantías y seguridad, donde la delincuencia reina e impone su ley por medio de la violencia.

Por si no fuera poco este clima de terror ante la embate y expansión de la delincuencia común y del crimen organizado, los medios de comunicación explotan imágenes de gran dolor, apelando al derecho de la información, mismas que coadyuvan a gestar cierta indiferencia social, al “naturalizar” estos hechos como parte de lo cotidiano, donde se suman otras angustias ante las condiciones de vida cada vez más adversas, donde las estrategias económicas familiares son cada vez menos eficiente a pesar de incluir la fuerza de trabajo de todos los integrantes del grupo familiar, aumentar la jornada de trabajo ante los exiguos salarios, y que bajo el rastrero de la sobrevivencia, se torna un lujo la salud, la educación y la seguridad. Se acrecienta dicho malestar ante la ausencia de comunicación y convivencia interpersonal, la falta de intercambio de afectos ante las extenuantes jornadas laborales, entre otras carencias y violencias que pasan de una generación a otra, y que configuran sentimientos de frustración, vulnerabilidad, desesperanza.

Identificamos que una consecuencia directa de los avatares en los cuales se encuentra inmerso nuestro país es justamente el malestar social, quien a su vez ha potencializado la aparición del sufrimiento social, es decir, reconociendo a éste como una inscripción manifestada en forma de desdicha o sentimientos de minusvalía, que compromete la integridad de la persona, tanto en el grado de afectación del marco existencial y proyecto de vida, como en su temporalidad (estacionario, decreciente, progresivo, cronológico o patológico) así como por el grado de soportabilidad^{8,9}. Al respecto, Kleinman¹⁰ establece que el sufrimiento adquiere una dimensión social por cuanto supone una carga en el entorno cultural del individuo y resignifica experiencias morales que se viven como un síntoma de fragilidad, inseguridad e incertidumbre, tal es el caso de la mayoría de población que vive en México.

Construyendo una mirada al problema

La salud mental es el gran desafío para la política de salud en este siglo XXI e implica romper el paradigma de la medicalización, que toma a la biología como el nivel de análisis a través de una visión naturalizada y le adjudica un carácter individual, fragmentando a la persona en soma y psique, no obstante; que los eventos que afectan a la salud mental, no pueden ser descritos solo como un conjunto de patologías definidas, pues emergen expresiones de sufrimiento psíquico ante nuevos problemas subjetivos, que no pueden resolverse aumentando tan solo las clasificaciones nosológicas, sino de comprender cuestiones tocantes al ser y a la existencia¹¹. Así desde la epidemiología crítica, Breilh¹² propone abordar los procesos de salud/enfermedad reconociendo el carácter histórico de la producción y reproducción social de la enfermedad, es decir, observar los condicionantes macrosociales (poblacional, económicos, políticos, sociales) que delinea tanto la calidad y condiciones de vida de los grupos humanos, mismos que configuran un conjunto de determinantes que ----

contribuyen en la aparición de ciertos riesgos o potencialidades, las cuales se manifiestan en las maneras de nacer, crecer, vivir, enfermar y morir.

Bajo esta perspectiva se plantea el supuesto sobre los problemas de salud mental en referencia a las condiciones relacionales específicas de la subjetividad, pero bajo el contexto de las relaciones sociales contemporáneas, en la medida en que refieren las tensiones que aparecen en los procesos de cambio que implica el crecimiento económico, asociados a la aparición de síntomas psiquiátricos y psicosomáticos, y desplazan el malestar del ámbito socio-político al de una psicopolítica del individuo que va más allá de sus componentes puramente individuales, donde el espacio psíquico es a la vez la traducción aparentemente “privada” de demandas que caracterizan la relación con el “Otro” en la cotidianidad de la experiencia social. Asimismo, considera que las condiciones de vida revelan la exposición a los procesos de riesgo que provocan la aparición de enfermedades y formas de muerte específicas^{8,10}.

Para valorar las *condiciones de vida* en relación con el proceso salud/enfermedad deben contemplarse tres dimensiones: la estructural, formada por los procesos de desarrollo de la capacidad productiva y las relaciones sociales que operan en el contexto donde se ha presentado un problema de carácter epidemiológico; la dimensión particular, constituida por los procesos llamados de reproducción social, es decir, la reproducción de la totalidad de la vida social, (en lo material, espiritual y de las formas de conciencia social a través de las cuales los seres humanos se posicionan en la vida social), y finalmente la dimensión individual, conformada por los procesos que en última instancia llevan a enfermar o morir, o que por el contrario, sostienen la normalidad y el desarrollo somáticos y psíquicos de la persona.

En ese sentido, dependiendo de la calidad de vida de los individuos serán los riesgos que lo lleven a la enfermedad e incluso a la muerte y, por otro lado, que la condición de vida se relaciona con las dimensiones de las capacidades desarrolladas por las personas dentro de las relaciones sociales y productivas, determinando así su modo de andar por la vida¹³.

Estudios sobre la calidad de vida en personas con alguna enfermedad crónica o sufrimiento, Fonnegra de Jaramillo⁹ menciona que dichas situaciones comprometen cuatro esferas de la persona, las cuales deben ser atendidas:

- Área psicológica, comprende el sufrimiento, angustia, culpa, impotencia, incertidumbre, sensación de indefensión, desamparo, abandono, despojo, entre otros, así como todos aquellos sentimientos y emociones que invaden al ser humano en una situación de crisis o pérdida, tal como se percibe en la actualidad.
- Área ocupacional, vislumbra la posibilidad o no de realizar las actividades y trabajos que deseamos y que nos hacen sentir plenos, productivos, autosuficientes y autónomos.
- Área social, relacionada con la posibilidad de tener acceso a redes de apoyo fortalecedoras de las estructuras internas a través de una respuesta empática a nuestras necesidades de apoyo, compañía, contención, solidaridad, protección, sentido de pertenencia.
- Área Física, estado de salud o enfermedad de la persona considerando lo objetivo y lo subjetivo (cómo está y cómo se siente), la presencia de dolor y otros síntomas. También abarca la capacidad o discapacidad física, de autonomía y la posibilidad de adaptarse a dicha condición por la presencia o ausencia de recursos diversos que favorezcan su adaptación económica, personal, familiar, social y política.

Es importante reconocer que estos “síntomas” no necesariamente son signos de enfermedades o de trastornos que la clínica médica o psicológica deban atender, sino más bien, reconocer una dinámica -a la vez individual y colectiva- que se constituye en una forma de mensajes y demandas dirigidas al “otro social” en sus distintos niveles (interpersonal, familiar, comunitario e institucional), organizados en torno a una lógica de reconocimiento, a través del malestar y el sufrimiento psíquico, es decir, dichas manifestaciones apuntan sobre todo, al reconocimiento del sujeto ahí implicado y a su inscripción “simbólica” a nivel de la sociedad y de la cultura.

Resulta difícil definir el sufrimiento, sobre todo porque se encuentra inmerso dentro de la propia existencia humana, la cual es compleja y se configura por múltiples dimensiones, dando como resultado una gran cantidad de percepciones al respecto, todas ellas producto de acuerdos sociales o científicos, dependiendo del enfoque con qué se plantee y las respuestas que buscan dar cuenta de ello, por lo cual se le otorgarán diferentes acepciones que van desde el ámbito --

antropológico, filosófico, sociológico y biomédico, en donde cada una de estos saberes esbozan sus propios paradigmas.

Kleinman¹⁰, menciona que el sufrimiento es organizado por categorías burocráticas y es objeto de intervención técnica, lo que se traduce en que la medicina haya convertido la experiencia personal de la enfermedad en patofisiología y la pobreza en “formas ilegítimas e ilegales de experiencia de bienestar”.¹⁴

Desde nuestro punto de vista, es medular reconocer a la persona que sufre y restablecer su complejidad *bio-psico-emo-socio-cultural*, y con ello traspasar la noción dualista de que el cuerpo y la psique son tratados como entidades separadas. Identificando con ello que todos los procesos sociales quedan inscritos tanto en la experiencia colectiva como en lo individual. En este sentido, Chapman y Gravin¹⁵ en 1993 señalaron que el sufrimiento es un estado afectivo, cognitivo y negativo, el cual es acompañado por una sensación de amenaza a la integridad, de un sentimiento de impotencia y del agotamiento de recursos (de la persona) para afrontar dicha amenaza.

El sufrimiento en tanto un daño percibido a la integridad del sí mismo, implica un constructo psicológico, que representa el sentido subjetivo de identidad y es por ello que la vulnerabilidad al sufrimiento depende de cada persona y del papel que desarrolla en la sociedad. Es decir, se reconoce al sufrimiento como amenaza a la integridad del sí mismo, comprende una disparidad entre lo que uno espera de sí mismo y lo que uno hace o es, la falta de recursos para afrontar dicho antagonismo indica el grado de sufrimiento.

Lo que sí es factible es poder caracterizar al sufrimiento, el cual identificamos como la existencia de un profundo dolor emocional por el cual atraviesa la persona en un momento de vida específico. Este sentimiento de tipo aflictivo, que invade las diferentes esferas de la persona como son la biológica, física, psicológica, social, cultural, trascendental, entre otras, generalmente es rebelde ante la terapéutica y puede ser inclusive limitante, pues se traduce en angustia, ansiedad, pena y se encuentra cargada de una sensación de carencia, de vacío o de ausencia, dando como resultado inquietud e incertidumbre en la vida cotidiana de quien la sufre, causándole un malestar que impacta en su entorno cotidiano.

Pero, por qué se puede llegar a sufrir, principalmente al presentarse la pérdida de un ser querido y/o amado, sea por muerte o ausencia; ante la presencia de frustraciones, desilusiones, ante las injusticias, privaciones, pobreza y desesperanza; ante el estigma y la discriminación; por la pérdida o ausencia de trabajo o medio de subsistencia; ante la presencia de padecimientos crónico degenerativos o enfermedades terminales; o simplemente por ser testigos de la violencia y del dolor de otros.

Reconocer la distinción entre sufrimiento y patología, permite visibilizar y reconocer situaciones que afectan la salud mental. Máxime cuando las instituciones como son la familia, la escuela y el trabajo hoy cuestionadas, son el ámbito social en el que se gestan y despliegan los problemas en salud mental, en tanto cumplen un papel fundamental en los procesos de subjetivación. De ahí la importancia de indagar en torno a la subjetividad, interrogar los sentidos, las significaciones y los valores éticos y morales que se producen en determinado contexto sociocultural, los modos como los sujetos se apropian de estos referentes y la orientación que efectúan sobre sus acciones y prácticas sociales.

El malestar social ¿signo de nuestro tiempo?

En la actualidad resultado del creciente deterioro de las condiciones económicas, políticas y sociales derivadas del modelo de desarrollo neoliberal impuesto hace más de tres décadas, que promueve el retiro del Estado y la reducción de la protección social, multiplicando las desigualdades, debilitando la confianza frente a las instituciones políticas y subordinando las diferentes dimensiones de la vida social a la racionalidad del mercado se observa un malestar social. Es decir, subyacen a éste cuestiones macrosociales, donde la violencia estructural oculta e indirecta, devela la organización económica-política que se ha configurado en la escala del sistema mundial y local, es decir, manifestándose por conflictos y contradicciones, cimentadas por las estructuras sociales y sistemas culturales significados o no como injustos en sus consecuencias relacionales: explotación, exclusión, discriminación, desigualdad, represión y opresión¹⁶.

El Estado al asignar el acceso a los recursos de manera desigual, conlleva diversas formas de privación de las necesidades básicas, impone dolor físico y/o emocional a grandes sectores de la sociedad, pues atenta contra la integridad física, psíquica, emocional, moral y económica de éstos. Este tipo de violencia se refleja en la polarización de altos índices de morbilidad y mortalidad infantil sobre todo en algunas regiones del país (sobre todo donde habita la población indígena), en

los índices de desempleo, en el incremento de la economía informal, trabajos inestables y precarios, en la explotación infantil, en los millones de niños que padecen hambre y desnutrición, en los porcentajes de pobreza y extrema pobreza, por enunciar algunos de los indicadores que nos muestran esta realidad lacerante, sin dejar de identificar la afectación directa a las personas que integran dichos indicadores.

Al respecto la Organización Mundial de la Salud ¹⁷ reconoce un aumento de las enfermedades mentales, y entre los factores de riesgo identifica: pobreza extrema, desempleo, trabajo precario, baja instrucción educativa, víctimas de violencia, migración y refugiados, indígenas, mujeres, hombres, niños y ancianos maltratados o abandonados, personas con discapacidad o con enfermedades crónicas como la Diabetes, el VIH-SIDA, entre otras.

El malestar que se gesta ante una sociedad con una democracia incipiente, que proclama el Estado de Derecho así como el reconocimiento de los Derechos Humanos, pero donde persisten rasgos autoritarios, corrupción en todos los niveles gubernamentales, el cinismo rapante por parte de los servidores públicos e ineficiencia en la rendición de cuentas y la violación a los derechos de los ciudadanos. Por lo tanto se identifica al malestar como un medio de expresar la indignación de grandes sectores de la población que se sienten abandonados ante la falta de seguridad económica, del no acceso a la educación, al mercado laboral y a los espacios de participación social.

El malestar como efecto de una “inflación de expectativas” inevitablemente frustradas en el contexto de una sociedad individualista y de consumo que no responde a todas las demandas de satisfacción, o como efecto de las “paradojas de la modernización” que por un lado abre nuevas oportunidades, pero por el otro genera inseguridad y miedo.

Ante la creciente ola de violencia delincriminal a nivel global, misma que se expande debido a los nuevos espacios de reproducción del capital ilegal que arrojan grandes ganancias económicas, poder e impunidad, todo esto ante un Estado omiso, corrupto, ineficaz y deslegitimado socialmente. Este orden criminal¹⁸ se sustenta en el desprecio por la vida humana, sobre todo de aquellos sectores excluidos socialmente, convirtiendo a miles de hombres, mujeres, jóvenes, niños y en mercancías desechables ante una gama de “industrias” de dolor y sufrimiento en las que se sustentan éstas, sea por tráfico ilícito de drogas, armas, la trata de personas, la explotación sexual, el secuestro, la extorsión, la prostitución y la pornografía infantil, la venta de órganos, entre otras actividades. Por lo general, en estos actores predominan las éticas guerreras de los excluidos, la temporalidad efímera de sus vidas, las heridas corporales de combate adquiridas en las pequeñas guerras de pavimento, ostentadas como tatuajes de supervivencia, se alimentan de la certeza de que la línea entre la vida y la muerte es muy tenue y que vale el riesgo¹⁹.

Otro rostro de la violencia que se presenta como malestar social y que se asocia con la pobreza, es la violencia a la que se enfrentan los jóvenes, es esta violencia delincriminal ante la falta de oportunidades en educación y trabajo, con múltiples actores que trasgreden al orden social por demás perverso y excluyente; mismos que son etiquetados por el propio sistema como “*ninis*” (ni estudian, ni trabajan), es decir, los jóvenes sin educación ni expectativas y que ante los imperativos de una filosofía de vida individualista, bajo la presión de una economía y una política orientadas para el consumo, y ante la carencia de perspectivas realistas de evitar o superar la pobreza, en tiempos de narcotráfico son el sector más vulnerable. La Organización para la Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), establece que México ocupa el tercer lugar, en porcentaje de jóvenes desempleados y que no estudian, encontrándonos sólo por debajo de Turquía e Israel ²⁰.

Al reverso de esta realidad se encuentra la infancia maltratada e ignorada, niños trabajadores en el campo, niñas explotadas sexualmente, niños que viven en la calle, niños que no tienen alimento suficiente al día, todo ello ante la indolencia del Estado y de la sociedad. Así el comportamiento violento emerge entre las grietas de un contexto sociocultural fisurado y con múltiples crisis: demográfica, ecológica, familiar, de creencias, y de ideales²¹.

Vivir bajo fuegos cruzados

Desde el año 2006 -en el caso de México- se puede hablar de un mapa de la violencia, el cual es dinámico y heterogéneo, varía por regiones y, ahora, por actividades delictivas generadas por el crimen organizado, las cuales se evidencian por los tintes de crueldad y desolación que dejan a su paso, actividades que bañan de rojo el territorio nacional, delitos de gran impacto social, donde se observa un malestar generalizado en la población que encuentra su gramática en la salud mental y que se expresa como ansiedad, depresión, soledad, incertidumbre, entre otros ante los miles de asesinatos, desapariciones forzadas, secuestros, trata de personas, contrabando de armas, prostitución infantil y un largo etcétera, todos ellos revestidos de impunidad y corrupción, situación que fortalece y reproduce este orden, dando como resultado en la población sentimientos de vulnerabilidad e incredulidad en la impartición de justicia y pareciera entonces que las recetas implementadas por el Estado para combatir a los grupos delincuenciales no han dado resultados, disipando la esperanza

a una solución cercana a esta violencia inusitada²² que se ha vuelto parte de nuestra cotidianeidad y que nos genera miedo, desconfianza y terror, todos ellos sentimientos y emociones que se reflejan en el cuerpo a través de cansancio, apatía, angustia, ansiedad, dolor, entre otros síntomas que alimentan a este sufrimiento social.

Y es que a partir del año 2006 cuando, el entonces presidente Calderón, anunció la guerra contra el narcotráfico y el crimen organizado, los datos oficiales reportaban -hacia el año 2012- más de 70,000 muertes violentas, aunque otras organizaciones nacionales e internacionales documentan más de 83 mil²³ víctimas, las cuales fueron justificadas -por parte del gobierno- como bajas por la lucha legítima con la finalidad de re-establecer el orden, sin embargo en medio de esta lucha encontramos abusos de poder, criminalización de inocentes (fabricación de inculpados) y los llamados “daños colaterales”. Entre ellos encontramos un sinnúmero de personas desaparecidas o no localizadas, se habla de al menos de 26,000 personas en dichas circunstancias entre los años 2006-2012²⁴.

Para el mes de septiembre del 2013, el gobierno en turno sigue sin proporcionar datos concluyentes sobre el número de personas que han perdido la vida, sin embargo, en lo que va del presente sexenio se arroja ya la cifra de 13 mil 775 ejecuciones²⁵. Por su parte, los grupos delincuenciales han dejado una secuela de sangre en la lucha por territorios, ajustes de cuentas, aleccionar a grupos contrarios, y finalmente inscribir en la muerte mensajes hacia la población en general. Es entre estos escenarios en que los ciudadanos nos encontramos en la incertidumbre de hasta cuándo seguiremos siendo presas del terror y víctimas de una guerra cruenta, sin sentido y sin vistos de resolución. Una guerra de “baja intensidad”²⁶, pero de alto dolor emocional para quienes han sido partícipes de ésta, sea como víctima ante la pérdida de un ser querido, la salud, los recursos económicos y la propia seguridad.

Huellas físicas y mentales que ha legado el narcotráfico

El narcotráfico deja a su paso huellas físicas y mentales en los habitantes de las ciudades en disputa, marcando un antes y un después en su cotidianidad; la percepción del narcotráfico como amenaza varía, según se le considere, ya sea como la causa de la violencia, la crisis de valores o la descomposición moral de la sociedad²⁷. Hoy reconocemos el binomio narcotráfico-violencia como una asociación “normalizada” en la vida de muchos y aunque genera malestar social se silencia ante el miedo, la impunidad y la corrupción circundante. En la memoria quedan inscritos los eventos que implican muerte, derramamiento de sangre, destrucción material y debilitamiento del tejido social, feminicidios, masacres, ajustes de cuentas, grupos de limpieza social (policía comunitaria), expansión y creación de nuevas fracciones delictivas, ampliando con ello el sentimiento de vulnerabilidad y el sentido de ser partícipes de una comunidad que se reconoce víctima.

Vale resaltar otra asociación de gran preocupación, sobre todo en un país como el nuestro de grandes contrastes sociales, donde reina la desigualdad y la pobreza, la exclusión y el malestar social. En un mundo globalizado que se caracteriza por los valores de consumo, el individualismo, el anonimato, la superficialidad y la banalidad de los seres humanos³. Ante la falta de oportunidades laborales, educativas, la insatisfacción de necesidades básicas la apuesta hacia el dinero fácil y el reconocimiento social por vía de la violencia atrae a cientos de jóvenes excluidos de las mieles de la modernidad.

Es esta experiencia límite, ante la expansión de la violencia y ante la desesperanza, generadora de dicha vulnerabilidad, la que trae como consecuencia lo que denominamos sufrimiento social. Los atracos, secuestros, extorsiones y asesinatos, salen de las zonas peligrosas y se instalan en los barrios bien custodiados, se reconfiguran los códigos de la representación de la criminalidad, que van de un fenómeno marginal y refuerza la percepción de la delincuencia como algo omnipresente, fuente generadora de miedo, y de una construcción caótica de la ciudad: atracos a la orden del día, secuestros, violaciones, ilícitos que pueden culminar con la pérdida de la vida, los sentimientos de impotencia que se experimentan ante la constatación de que se trata de un hecho frecuente donde nada puede hacer la víctima (sociedad), ante la impunidad y corrupción de las fuerzas del orden social.

En este sentido, Le Breton manifiesta que el sufrimiento es una experiencia subjetiva de un evento que es percibido como doloroso²⁸, vivencia que se configura dentro de un contexto social y cultural, por ejemplo: *la muerte, la enfermedad, las violencias, el desempleo, la desnutrición, el secuestro, el desplazamiento forzado*. Por tanto, el sufrimiento social trasciende el género, el estrato social, la edad, el parentesco, la edad y se presenta cuando los miembros de un grupo, sector o clase de una sociedad, coinciden en percibir como problemática o dolorosa la situación que atraviesan, donde la integridad de su entorno se ve afectada y amenazada y, por ende, su bienestar.

Consideraciones finales

El panorama es abrumador, tal pareciera que se cumple cabalmente la tesis que en 2004 planteaba Varela²⁹, que la experiencia del sufrimiento es mucho más frecuente que la presencia de la felicidad y que se origina de tres fuentes fundamentales: la fragilidad del ser humano, la supremacía de la naturaleza, y las relaciones con otros seres humanos. Tal como hemos reflexionado a lo largo del texto, resulta primordial comprender el proceso sociocultural por donde transitamos, con la finalidad de poder enmarcar e identificar como las relaciones sociales y la propia fragilidad humana son alimentadoras de dicho sufrimiento social. Fragilidad que se ha visto descubierta a partir de la violencia con la cual convivimos día a día, y donde el Estado se mantiene alejado de las necesidades básicas de la mayoría de la población. Asimismo, nos encontramos frente a un resquebrajamiento del tejido social, en lo colectivo y familiar, dejando al individuo inerte, potenciando consumidores más que ciudadanos, donde los deseos de mercado se sobrepone al valor y respeto de la vida humana, donde emergen múltiples violencias que se instalan en nuestra cotidianidad.

Quizá es tiempo de pensar en un “nosotros”, que nos permita el arduo trabajo de la restauración del tejido social. Es imperante buscar nuevas formas de regular los conflictos de intereses de la humanidad, por otros medios que no sean el de la violencia, apostemos pues a que de este sufrimiento surja la capacidad resiliente y empática de la población para lograr reconfigurar, nuevamente, el punto de partida de nuestra condición humana. De ahí la importancia que la medicina mire a las personas no como enfermedades, ni como un conjunto de signos y síntomas, sino como seres humanos que crecen, se desarrollan, se emocionan, sienten y padecen en contextos sociohistóricos, mismos que signan su existencia y múltiples modos de andar por la vida.

Agradecimientos

Al doctor Francisco Sánchez Beristain, Profesor de Tiempo Completo del Departamento de Biología Evolutiva de la Facultad de Ciencias, UNAM; por su colaboración en la corrección de estilo de los resúmenes en inglés.

Referencias

1. Giddens A. Modernidad e identidad del yo: el yo y la sociedad en la época contemporánea. Barcelona, ediciones Península/Ideas. 2001.
2. Beck U. La sociedad del riesgo global. Siglo XXI de España Editores. España. 1999.
3. Lipovetsky G. La sociedad de la decepción. Entrevista con Bertrand Richard. Anagrama, Barcelona. 2008
4. Bauman Z. Modernidad líquida. Editorial Fondo de Cultura Económica, México. 2003.
5. Cerdeira I, Díaz S. “El malestar social”. En: Cuadernos de Trabajo Social. N° 1 Universidad Complutense de Madrid. 1988.
6. Aceituno R, Miranda M, Jiménez Molina A. “Experiencias del desasosiego: salud mental y malestar en Chile”, en Anales de la Universidad de Chile, Norteamérica, Séptima N°3, julio. 2012.
7. Baratta A. “Derechos Humanos: entre violencia estructural y violencia penal”, en Revista de Ciencias Jurídicas, San José, Costa Rica. Universidad de Costa Rica. 1991; 68:17-36.
8. Merino, José, Jessica Zarkin, Fierro E. Marcado para morir. Violencia Menos ruido, misma furia. Nexos, julio 2013; 427:28-33.
9. Fonnegra de Jaramillo. Morir bien. Ed. Planeta Colombiana. Colombia. 2006.
10. Kleinman A, Benson P. La vida moral de los Que sufren de la Enfermedad y el Fracaso existencial de la medicina. En Monografías Humanitas, 2004;2: 17-26.
11. Jairo J, Vélez C, Krikorian A. Aspectos neurobiológicos, psicológicos y sociales del sufrimiento. En Revista de Psicooncología. Investigación y Clínica Biopsicosocial en Oncología. España. 2008;5: 2-3: 2045-255.
12. Breilh J. La epidemiología crítica: una nueva forma de mirar la salud en el espacio urbano. Salud Colectiva, 2010, 6;1: 83-101. Universidad Nacional de Lanús. Argentina.
13. Herrera Bautista MR. Los modos de andar por la vida. El crecimiento físico en preescolares de San Pedro Abajo. Tesis de Maestría por la Universidad Autónoma Metropolitana. México. 1997.
14. Díaz AJ. El sufrimiento medicalizado. En Revista Cultura de los cuidados. Año XII; 2008, 23:50-56. España. En <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/6663> (consultado el 26 de septiembre, 2013)
15. Chapman C R, Gravin J. “Suffering: the contributions of persistent pain”. The Lancet, 1999; 353: 2233-2237.
16. Hernández T. Descubriendo la violencia, en Violencia, sociedad y justicia en América Latina. CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 2002:53-73. En <http://www.yumpu.com/es/document/view/14903185/des-cubriendo-la-violencia-titulo-hernandez-tosca-clacso> (consultado el 26 de septiembre de 2013).
17. Organización Mundial de la Salud (OMS) Comunicado de prensa OMS/48. 15 noviembre 2001, accesible en: <http://www.ssa.gob.mx/unidades/dgied/cemece/indexCIF.htm> (consultado el 26 de septiembre de 2013).
18. Petras J. El nuevo Orden Criminal, Libros del Zorzal, Argentina. 2003.
19. Ochoa Gautier A. Sobre el estado de excepción como cotidianidad. Cultura y violencia en Colombia. En La cultura en las crisis latinoamericanas, Alejandro Grimson (comp), CLACSO, Buenos Aires, 2004: 17-42.

20. Organización para la Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE). 2013. Panorama de la Educación 2013. En: [http://www.oecd.org/edu/Mexico_EAG2013%20Country%20note%20\(ESP\).pdf](http://www.oecd.org/edu/Mexico_EAG2013%20Country%20note%20(ESP).pdf) (consultado el 26 de septiembre de 2013)
21. Cohen S. Infancia maltratada en la posmodernidad. Teoría, clínica y evaluación. Paidós, Buenos Aires. 2010.
22. Ronquillo V. Saldos de Guerra. Las víctimas civiles en la lucha contra el narco. Temas de hoy. México. 2011.
23. Zeta. Libre como el viento. En <http://www.zetatijuana.com> (consultado en diciembre, 2012)
24. Amnistía Internacional 2013. Enfrentarse a una pesadilla. La desaparición de personas en México. En: Secretariado Internacional Peter Benenson House 1 Easton Street London WC1X 0DW Reino Unido. En <http://amnistia.org.mx/publico/informedesaparicion.pdf.pdf> (consultado el 20 de septiembre, 2013)
25. Zeta. Libre como el viento. <http://www.zetatijuana.com/ZETA/reportaje/primer-informe-de-gobierno-13-mil-775-ejecuciones/> (consultado el 20 de septiembre, 2013)
26. Hernández Palacios. 2010 México. Diario de una madre mutilada. CONACULTA. México. 2013.
27. Moreno Soto J. Memoria, identidad y violencia: reconstruir el tejido social. En Violencia y cultura en México. Covarrubias, Gerardo (Coordinador). CONACULTA. México. 2012: 82-107.
28. Le Breton D. 1999. Antropología del dolor. Seix Barral. Barcelona, 1999.
29. Varela H. Introducción: la violencia política y la condición humana. En: Marta Ortega M, Castañeda J C, Lazarin F. Violencia: Estado y sociedad, una perspectiva histórica. Miguel Ángel Porrúa, UAM-Iztapalapa, México. 2004.